

ESCENA XII

Dichos y FERNANDO, GRACIELA, ROBERTO
y BLANCA

quienes entran de improviso en la escena con grande
algazara.

GRACIELA, a Marcelo y Angela, que fin-
gen un apacible semblante.—Aquello resul-
ta de lo más aburrido!... Allí todo es gente
seria.

FER.—Y Graciela no puede hacer tram-
pas...

BLANCA.—Poderse, sí se puede; pero la
excomulgan a una...

ROBERTO.—Y lo que es peor, le cortan el
crédito!

BLANCA, a Angela y a Marcelo.—Quiere
ustedes que pongamos una mesa sólo para
nosotros, la gente alegre?

MARCELO.—Por mi parte...

ROBERTO.—Sí! sí! venga el baccarat! A
mí me han perseguido esta noche los *sietes*
y en el juego, como en el amor, las aproxi-
maciones hacen reincidentes...

ANGELA, simulando buen humor.—Si es
así, vayan a jugar...

BLANCA, frotándose las manos.—Vamos!
Yo estoy muy alegre!

MARCELO, a Blanca, tomándola por el
codo.—Sí, a jugar! Yo también estoy muy
alegre!

Telón.



TERCER ACTO

Han pasado algunos días.

El espacioso despacho de Marcelo está amueblado a
la moderna con sencilla elegancia: junto a la venta-
na hay un escritorio sobre el que se destacan una
lámpara de bronce, con verde pantalla y un apar-
ato telefónico de reflejos metálicos; más allá el oro
del marco de un diploma: hacia el fondo, una puer-
ta se abre a la calle; a la derecha, otra, que da a la
vecina habitación; y un calendario de enormes cí-
fras negras completa el decorado de la estancia.

Afuera resplandece el sol del mediodía.

ESCENA I

MARCELO y ROBERTO

MARCELO, de pie junto al escritorio,
apuntando y amartillando una pistola dis-
traídamente, sigue una conversación em-
prendida hace largo rato.—...Pero no diva-

guemos más sobre el lance... Ni sobre tus
cosas, que al cabo no has de casarte.

ROBERTO.—Oh! no lo dudes, Marcelo, es
cosa resuelta. Tú puedes estar en lo justo...
pero no importa, me caso!

MARCELO.—Allá tú...

ROBERTO.—Lo he pensado mucho.

MARCELO.—No creo que tú pienses mu-
cho en nada...

*Y apunta con la pistola al
almanaque, sin darle impor-
tancia a lo que estándiciendo.*

ROBERTO.—Esto si lo he madurado: vale
la pena... Es a mi ver más grave de lo que
te figuras

Cuando tú has ido a una cacería has visto
que la misma alimaña pase dos veces frente
a tí? No ¿verdad? Pues, así es la fortuna:
sólo una vez se nos pone a tiro... hay que
asegurarla!

MARCELO, poniendo la pistola en un es-
tuche, en donde está la compañera, sobre
el escritorio.—¡Magnífico!... Pero qué quie-
res... no te concibo casado. Tú, hombre de
hogar?... Y conste que lo siento más por
ella que por tí.

ROBERTO.—Bien hecho! Siempre las po-
bres mujeres llevan la peor parte... Mas,
créeme, que ya me estoy fastidiando de esta
vida falsa de mariposeo continuo.

MARCELO.—Más pronto te aburrirá esa
monótona y quimérica tranquilidad del ho-
gar llena de reproches, de bostezos, de llo-
riqueos, de criadas que se van, de drogas y
de visitas médicas... Ese vivir antipático de
la hora en punto y el almanaque al día!

ROBERTO.—Tienes razón. Pero me caso!
No hay que pedir más, sería buscar golle-
rías... Graciela me quiere... No es del todo
fea... Es casi agradable a ratos... Tiene di-
nero; y, sobre todo, posee una gran virtud:
es tonta!

MARCELO.—Hola! Efectivamente, no de-
ja de ser una gran virtud la tontería...

De ese modo tú solo harás *quórum* en tu
casa, y la pobre muchacha no tendrá voz ni
voto.

ROBERTO.—Claro está!... Cuando por ca-
sualidad pensé en que podría tocarme en
suerte una bachillera, una de esas *intelec-
tuales* que llegan a la vejez recitando versos
de Acuña... se me helaron los huesos.

Las mujeres tontas son el ideal del matri-
monio: barren, limpian, zurcen, cosen, co-